

La muerte de Venecia (conferencia)

La actual Venecia es un fósil salvado milagrosamente, un insecto prehistórico conservado en una gota de ámbar. Es imposible comprender su importancia histórica, cuando durante la edad media y el renacimiento recaudaba un 30% más que la corona de Francia, doblaba el presupuesto de Inglaterra y su renta era 16 veces superior a la media continental. ¿Tanto poder en una ciudad de apenas 100.000 habitantes?

Venecia ha sido dos cosas: una ciudad (la Dominante) y una República (la Serenísima). Su territorio no era terrestre sino marítimo. Durante siglos, el dominio del mar ha sido mucho más importante que el terrestre. El imperio de Alejandro se sustentaba sobre una corona de puertos fortificados; también el imperio romano, el de Felipe II, el de Luis XV y el de la corona británica. El imperio marítimo de Venecia incluía aún en 1790, en la más absoluta decadencia, hasta tres millones de súbditos directos.

Sin embargo, a medida que se desarrollaba la artillería crecían en importancia las posesiones terrestres. Lo cual lleva aparejada la creación de poderosos ejércitos de infantería. Venecia nunca dio importancia a su expansión militar terrestre, aunque sus colonias comerciales en la península llegaban hasta Milán. Sus ciudades, Crema,

Treviso, Vicenza, Verona, Brescia, Padua, nunca fueron integradas en un sistema estatal, no supo crear un ejército de tierra y fue decayendo a medida que los ejércitos terrestres se perfeccionaban y los mercenarios eran más caros, hasta morir a manos del mayor ejército del mundo, la Grand Armée de Napoleón. Las aguas que la habían convertido en un imperio acabaron por ahogarla.

El declive, por lo tanto, comenzó con la construcción, hacia el siglo XVI, de las modernas naciones europeas inseparables de un poderoso ejército de tierra. Y el desastre era ya inevitable en el siglo XVIII cuando las naciones se convirtieron en estados nacionales. La última expedición a Inglaterra, compuesta por nueve embarcaciones atiborradas de riquezas, partió en 1702. Sólo llegaron dos de las naves. Fue la última gran expedición veneciana. A partir de ese momento sus naves quedaron varadas y comenzaron a pudrirse.

La población veneciana

El desastre no habría sido tan humillante si su clase dirigente hubiera podido renovarse, pero las familias de la oligarquía, con un núcleo de unos treinta clanes cerrados en el Consejo de los Diez, máximo órgano ejecutivo, apenas cambiaron en cuatro siglos.

En Europa, el trono, el ducado, el marquesado, era ocupado por personas que venían de muy distintas familias y linajes, según las épocas. La renovación, aunque escasa, permitía cierta ampliación del círculo de poder. Algunas naciones, como Inglaterra, incluyeron burgueses en la nobleza a través del matrimonio. En Venecia, los Mocenigo, Zenobio, Contarini, Pisan, Grimani, Foscarini, Giustinian, no permitieron la entrada de sangre nueva durante cuatrocientos años. El patriciado era una oligarquía cada vez más represora e inútil, a medida que iba perdiendo peso en el mundo financiero y militar.

El núcleo de la oligarquía endogámica que estuvo siempre compuesto por dos o tres mil personas fue extinguiéndose sin renovación hasta ser sólo mil trescientos el año de su desaparición, 1797. Conocemos su número exacto porque eran los inscritos en el llamado "Libro de Oro", directorio de los nobles con mando real. Los patricios se habían arruinado, habían degenerado y en sus últimos años no eran sino un espectro corrupto.

La concentración de tanto poder en tan pocas familias había dejado en la indigencia a una considerable cantidad de miembros de la nobleza que apenas tenían para vivir. Son los célebres *barnaboti* (vivían en el barrio de San Barnabà), una plaga que no hizo sino aumentar a medida que

se perdían las colonias, en donde solían formar parte de la administración.

Esta masa de indigentes con espléndidos apellidos, ultra conservadores (porque sólo tenían como valor sus apellidos) e inútiles (porque nunca trabajaron seriamente), formaban un dique entre los patricios ricos y la burguesía que había comenzado a despuntar, como en el resto de Europa, y acabó por aplastar cualquier reforma, cualquier cambio liberal o modernizador que le hubiera dado poder a los burgueses, sus competidores más eficaces.

Así que de un lado se extinguían los patricios ricos por la endogamia (el protector de Casanova, Bragadin, fue el último de su estirpe, y con él se extinguieron los Barbaro, Mocenigo y Dandolo, todos descendientes de Dogos). De otro lado crecían desmesuradamente los inútiles *barnaboti*, agarrados a sus privilegios (recibían una pensión para mantener la dignidad del apellido y vendían sus votos en el Consejo). La burguesía era combatida como un enemigo interior. Así que a medida que se acercaba el final, no había repuesto alguno para pactar cambios.

Burgueses

Lo mejor del XVIII veneciano nos lo han legado los burgueses: Goldoni, Tiépolo, Longhi, Vivaldi, Casanova eran burgueses. Y burgueses eran los

abogados, los notarios, los empleados de la administración pública, los cargos intermedios de la diplomacia, las profesiones liberales, el comercio al detall (con su espléndida calle *Merceria*), los talleres de la incipiente industria, la artesanía de lujo. Sin embargo, la ausencia de medidas liberalizadoras los arruinó igualmente.

Proletarios

No puede hablarse de proletariado fuera de los obreros del Arsenal (una aristocracia obrera del estado) y los del vidrio de Murano (con un estatuto de autonomía jurídica propio), de modo que sólo había pobres (honrados) y mendigos: hasta 30 mil en el informe de 1788. La cifra de trabajadores pobres es abrumadora y llegaron a censarse más de cuarenta mil. Así que casi 70.000 de los 100.000 habitantes de Venecia carecían de medios de vida honrados.

Para que no se convirtieran en un problema político se les mantenía perpetuamente entretenidos. La sucesión de fiestas es interminable, desde las 72 fiestas de los *sestieri*, los 15 días del Sposalizio del Mare, los seis meses del Carnaval y las innumerables fiestas patronales, religiosas o de arraigo popular como las bodas, que eran públicas y con bailes y banquetes.

Venecia era un perpetuo entierro de la sardina con miles de ciudadanos pobres dando saltos en torno a un cartelón en el que figura la cara sonriente de un idiota.

Terra Ferma

Fuera de la ciudad, el campesinado de tierra firme trabajaba en las fincas de unos absentistas que sólo se presentaban para cobrar impuestos. Nunca se ocuparon de agricultura, nunca mejoraron las condiciones de trabajo o modernizaron el utillaje. Los campesinos del véneto eran los más pobres de la Europa rica y la mayor parte de ellos, ya en el siglo XVIII, constituyeron ese grupo inquietante para el que se creó en 1782 una judicatura especial: la de los *malviventi*, para poderlos condenar en juicios sumarísimos. Miles de miserables fueron enviados a remar en unas naves para las que ya no se podían pagar galeotes.

La ciudad

Apenas ha cambiado el núcleo urbano de Venecia. Sigue siendo el mismo. Una urdimbre de 117 islas unidas por casi cuatrocientos puentes. El Gran Canal era la vía de las mercancías y de los grandes depósitos de almacenaje (*Fondaci*). Los 177 canales menores distribuían la circulación y el reparto de bienes. Así como ahora asombra no ver coches, entonces asombraba no ver caballos. No

obstante, un gentilhomme a pie era cosa inaudita en Europa, como un ejecutivo sin móvil. Y esa fue una de las causas por las que nunca se formó un cuerpo de oficiales de caballería, imprescindible en la guerra de tierra para la conducción de las tropas. Como habrán observado, en Venecia sólo hay una estatua ecuestre, la del *condottiero* Colleone, un mercenario cuya historia merece otra conferencia.

Arruinadas las grandes familias, destruido el comercio, asfixiada la burguesía, con miles de inútiles *barnaboti* y otros miles de pobres, la ciudad dedicó su último siglo de existencia a las dos actividades económicas típicas de los desesperados: la prostitución y el juego. La Habana de Batista era el burdel de EEUU. Venecia fue el burdel de Europa.

La prostitución había sido desde siempre un monopolio de la nobleza, por lo menos desde el renacimiento, y su explotación era pública. No hay viajero (desde Montaigne hasta Rousseau) que no haya dejado constancia de la abundancia y el descaro de las rameras de la cuales se publicaba cada año un catálogo con nombre, dirección, precio y cualidades. Algunas, las más lujosas, reservadas para visitantes principescos, fueron las primeras mujeres letradas y estudiosas de Italia.

También monopolio del estado era el juego y la lotería, la primera de Europa, de modo que Venecia

se convirtió en el casino de Europa. La palabra misma designa unos habitáculos usados por los patricios de las Procuradorías para su vida privada. Como muchos de ellos se utilizaban para el juego clandestino acabó llamándose así, "casino", al gran palacio del juego oficial, cuyo nombre verdadero es *Ridotto*. En el año del colapso, 1797, había en Venecia 176 casinos más o menos legales.

En los casinos legales, sólo los patricios podían tener la banca, de modo que los *barnaboti* se alquilaban para este menester. Y si al principio las mesas arruinaban sobre todo a los viajeros acaudalados, acabaron por arruinar a los patricios. Aquellos a los que quedaba algo de fortuna no podían invertirla porque el dinero ya no servía para nada, de modo que les quemaba las manos. Hay escenas de las mesas de juego inmensas en las *Memorias* de Casanova.

No todo era corrupción, desesperación y estupidez. Un exiguo número de ciudadanos, casi todos burgueses, pero también alguno de los *barnaboti*, fueron ilustrados, masones y conspiradores. A partir de 1760 crecen considerablemente las denuncias de la policía secreta sobre reuniones de subversivos. Pero la conspiración se llevaba a cara descubierta, lo que la hacía ineficaz. Se conspiraba en el café y en

el teatro, como en París, con la diferencia de que en París había 6 teatros y en Venecia 17.

La política mundial

La oligarquía sabía con certeza que ahora la ciudad era una escenografía palaciega, una carcasa vacía. Su valor estratégico, sin embargo, era muy alto debido a la guerra entre Francia y el Imperio por el dominio europeo.

En 1718, Francia y Austria firman la paz de Passarovitz. Los austriacos necesitaban un acceso al mar que les comunicara con sus posesiones napolitanas. Los franceses querían extender su cordón sanitario desde el Turín de los Saboya al Adriático. Los venecianos caían justo en la intersección de las dos grandes potencias mundiales, rodeados de enemigos y sin aliados. Aquel primer tratado sirvió para contentar a los turcos, a quienes se entregaron extensas posesiones de la Serenísima a cambio de no seguir amenazando a Viena. El segundo tratado sería una sentencia de muerte.

La conciencia de estar condenados impulsó definitivamente el delirio de sexo, juego, fiestas y espectáculos que hace del XVIII veneciano una farsa grotesca y admirable.

Preparativos para el final

El último Dogo fue elegido en 1789, nada menos. Ludovico Manin accedió al cargo porque era el único que aún podía pagar los dispendios obligatorios del cargo. Aunque era uno de los pocos patricios honrados y dignos de la república, nada pudo hacer y acabó abdicando. Sus últimos años, tras la invasión y el desastre, fueron patéticos porque el pueblo le culpó de todas las desdichas. Llegó a ser robado y apaleado por la calle entre las risas de los ciudadanos. A su muerte dejó lo que le quedaba de fortuna para obras de beneficencia.

También salvó la dignidad de los *barnaboti* el patricio Angelo Querini, uno de los más conspicuos miembros de la administración de justicia, el cual encabezó una rebelión que exigía algunas reformas muy tímidas que dieran entrada a gentes nuevas en el aparato del estado. Acabó preso en 1761.

Diez años más tarde, en 1774, hubo un segundo intento por parte de dos relevantes *barnaboti*, Giorgio Pisan y Carlo Contarini. Uno acabó muriendo en la cárcel y el otro comprado por el régimen. El dominio de la oligarquía se mantuvo incólume hasta el final sin debilidad alguna, de tal manera que cuando llegó la derrota todo el edificio se disolvió como un azucarillo.

El final

En 1796 el joven Bonaparte toma Milán, funda la república de la Lombardía y decide asaltar el Véneto para arrinconar a los austriacos. No tuvo que esforzarse. La nobleza de Terra Ferma y de las ciudades venecianas que había sido expoliada y humillada por los patricios, se puso del lado de los franceses sin disparar un tiro. Crema, Brescia, Bergamo le abrieron las puertas. No por eso se interrumpió el carnaval de 1797, uno de los más enloquecidos que han documentado los viajeros y embajadores.

Verona, Padua y Vicenza cayeron tras un simulacro de defensa. Los únicos resistentes fueron los pobres campesinos que no podían soportar la presencia de los franceses en sus tierras. Un fenómeno similar al de la España de 1808, cuando la aristocracia se puso a los pies de Napoleón y sólo resistieron las clases populares en ataques guerrilleros más tarde reconducidos por burgueses ilustrados. Fueron justamente estos labriegos enfurecidos los que facilitaron a Bonaparte la declaración de guerra que andaba buscando con desesperación. Cuando unos pocos campesinos descalabraron a un puñado de soldados en tierra firme, el general pudo por fin enviar la orden de invasión.

La ciudad de la laguna era ahora de nuevo una isla sin conexión alguna en tierra. El Consejo de

los Diez, en un gesto desesperado y cínico, se autodisolvió y proclamó la república democrática de Venecia. Fue inútil, un Bonaparte exasperado tomó en mayo la ciudad.

Aún faltaba lo peor.

El final del final

En octubre del año anterior, Bonaparte había firmado un tratado secreto con los agotados austriacos en Leoben. Según este tratado Francia cedía a los austriacos el véneto y el Imperio les entregaba a cambio Bélgica y los Países Bajos, imprescindibles para el ataque contra Gran Bretaña. Era un tratado similar al de Hitler y Stalin en 1938, un reparto táctico de tierras, a la espera de la inevitable batalla posterior.

De ese modo el imperio naval que había tenido más colonias en el mundo civilizado, se convertía en colonia de Viena, una ciudad de río.

Así acabó la república Serenísima, el orgullo de las gentes del mar. Uno de los hombres que más la amó y mejor la conoció, John Ruskin, concluye su célebre ensayo "*Las piedras de Venecia*" con este párrafo patético:

"Es inútil y penoso profundizar en los últimos grados de la ruina de Venecia. La remota maldición de las ciudades de la llanura pesaba sobre ella: "Orgullo, abundancia de pan y abundancia de pereza". ¡Fue devorada por el fuego interior de

sus pasiones, tan fatal como la lluvia ardiente de Gomorra! ¡Perdió su jerarquía entre las naciones y sus cenizas saturan hoy los canales del gran mar muerto".

Y podríamos añadir: Vive ahora del turismo masivo, como una de sus viejas cortesanas, disfrazada para un baile que no es sino la celebración de su propia muerte.

Vale.